



Fotografía de  
Gabriel Lugo

# MI CARTA ABIERTA

Lorena Granados Barco • 28 de mayo de 2021



**OJO:** ESTA NO ES UNA HISTORIA DE OPTIMISMO DESBORDADO, ES LA VIVENCIA REAL DE UNA PACIENTE QUE TUVO CÁNCER Y HOY SE RECUPERA FÍSICA Y EMOCIONALMENTE.

El 14 de julio de 2020 me confirmaron que tenía cáncer de seno. No entendía nada, no lo creía, me parecía contradictorio porque yo me sentía sana, llena de energía y de vida, nadie espera una noticia como esta y menos a los 34 años.

Como lo hago con todo o casi todo lo que me pasa, le conté a mi esposo, estaba nerviosa y triste, uno nunca quiere hacer sufrir a quienes ama. Tenía una preocupación enorme sobre cómo iba a reaccionar mi familia, necesitaba que entendieran que no me iba a morir, cuando yo ni siquiera sabía si eso era así. Mi decisión fue contarles de inmediato, cuando ya mi médico me había explicado que se trataba de un tumor maligno, que debía operarme cuanto antes y someterme a un tratamiento que se conocería tiempo después.

Pasaron los días y empecé a aceptar mi realidad en medio de la incertidumbre que a veces me ganaba y me llevaba a la ansiedad que nunca había experimentado. Tuve claro desde el inicio que mi vida era valiosa, que no me iba a dejar morir por la tristeza, ni por la enfermedad; también sabía que el camino sería largo, pero yo estaba dispuesta a todo.

El 28 de julio me operaron, me hicieron una cuadrantectomía en el seno izquierdo y un vaciamiento de ganglios. Lo que pensé que sería el momento más difícil del proceso fue el que me permitió sentir que podía ganarle a esta enfermedad. Aunque continuaba con mucha incertidumbre por lo que vendría, estaba muy esperanzada de volver a estar sana.

A finales de septiembre me sometí a un tratamiento de fertilidad para conservar los óvulos que tenían buena calidad por mi edad y porque aún no me habían hecho quimioterapia. Fue un proceso fuerte emocional y físicamente. Días después me pusieron un catéter y a la semana inicié la quimioterapia. Fueron 12 sesiones, unas más difíciles que otras, pero conté con la fortuna de tener a mi mamá y mi esposo esos tres meses a mi lado, apoyándome y cuidándome. Como »»

era de esperarse vinieron los cambios físicos, bajé casi 5 kilos, se me cayó todo el pelo, perdí la fuerza, me sentía cansada y, a veces, caía en un hoyo negro del que solo me rescataba mi familia.

Esos tres meses pasaron rápidamente, terminó el 2020 y pensé que la pesadilla de la pandemia y de ese año difícil había terminado, pero realmente el inicio de 2021 fue el más duro de todo el proceso. Todavía quedaba un camino largo de tratamiento, radioterapia, terapia hormonal y más medicamentos. Los ánimos estaban bajos, la situación del país y la pandemia lograron desequilibrarme por momentos, pero como en todo al final siempre sale el sol, encuentras motivaciones, siempre hay alguien que te levanta cuantas veces sea necesario y así fue como superé ese primer trimestre de 2021.

Mis planes cambiaron, unos sueños se aplazaron y otros dejaron de ser sueños. Viajes, hij@s, estudios, unos planes más grandes que otros se pausaron y no sé si se reactivarán, por lo pronto la concentración debe estar en mi salud.

Pasar por este proceso es como estar en una montaña rusa de emociones, cada día es diferente, las noches son tristes, las mañanas más alegres, días buenos y días malos.

Desde el diagnóstico, sentí algo que puede parecer extraño, un gran alivio de saber que todo esto me estaba pasando a mí y no a mi mamá, a mi papá, a mis hermanas, a mi esposo, o al resto de mi familia que tanto amo. Lo agradecí y lo sigo agradeciendo porque creo que soy mejor paciente que familiar de un paciente. Para mí tiene una explicación y es que cuando uno ama quiere evitar el dolor del otro a toda costa.

Quizá la frase que más escuché este tiempo es que uno debe preguntarse el para qué y no el por qué y, en la teoría, es cierto, estoy de acuerdo, pero en la práctica pasan muchas cosas por nuestra mente y lidiar con el por qué no es fácil y del para qué, casi un año después, aún no tengo respuesta.

Las frases de aliento de familiares, amigos y amigas nunca faltaron y me sostuvieron en los días más duros, tampoco faltaron los excesos de preguntas, el pesimismo de algunas personas o las huidas repentinas de amistades. Creo que fue algo normal, cada uno asume los problemas ajenos y sus propios conflictos como puede.

Ahora mismo puedo decir que el cáncer me ha brindado muchas cosas buenas, tantas o más que las tristezas: valorar cada segundo de vida, cada persona que hace parte de mí, cada mensaje de apoyo, y cada palabra de afecto. También para descubrirme y saber

que soy MARAVILLOSA y que mi vida vale todo.

Ha pasado un poco más de 10 meses y ya me siento del otro lado, del lado de la sanación, del lado de la tranquilidad, del lado del reencuentro con una parte de lo que fui antes de la enfermedad. Sigo en tratamiento y siento que me falta la fase más importante: pensar en mí, atenderme, tomarme el tiempo que necesito para recuperar mis energías.

Después de atravesar los días más oscuros, de ver la luz, la muerte, el cielo y el infierno, puedo decir que el cáncer es una enfermedad, pero NO es sinónimo de muerte. Se puede tratar y se puede sobrevivir. Yo me siento más viva que nunca. Por eso, espero que esta historia despierte la conciencia de mujeres jóvenes o mayores, y de los hombres. Es hora de TOCARSE.

Finalmente, quiero decirles que soy más feliz que nunca porque lo tengo todo y no me falta nada. Gracias por leerme, esto no es un misterio, ni es un secreto, es mi vida y decidí compartirla. ✨



---

POSDATA: MI AGRADECIMIENTO SIEMPRE A DIOS QUE HA ESTADO CONMIGO, A FEDE MI ESPOSO, A MI MAMÁ, PAPÁ, HERMANAS, SIEMPRE INCONDICIONALES, A MI FAMILIA HERMOSA, AMIG@S. TAMBIÉN A MIS MÉDICOS QUE HAN SIDO EXCEPCIONALES.